

# sexualidad

## Sexo a flor de piel

Estamos circunscritos a nuestra piel. Ella nos limita y nos contiene. La piel es nuestro continente y su paisaje nuestra memoria.

En la traumática expansión del Imperio Romano existía un territorio particular. Lo llamaban el "limes". Era el límite, el territorio fronterizo, normalmente belicoso pero también osmótico, poroso, receptivo. Allí pasaban cosas que la tranquilidad del centro desconocía. Allí tomaba conciencia el Imperio de su fragilidad, de su desconocimiento, de su tamaño. En él reinaba la lógica y la ley de la periferia, como sucede en nuestra piel. El "limes" solía estar poblado de estandartes, de señales de identidad de lo que albergaban, igual que los claustros medievales (el "afuera" de la introspección monástica) que tallaban sus leyendas en los capiteles, igual que nuestra piel, decorada de recuerdos, afectos y olvidos. Una observación al hilo: Hoy en día y de manera generalizada también tallamos nuestras pieles de tatuajes, escarificaciones y piercings. Antes, hasta principios del XX, en nuestra cultura, sólo las prostitutas, los marinos y los bribones hacían gala de estos emblemas de "exclusión" que a la vez, los unificaba como colectivo marginalizado. Hoy muchos hacen de la inscripción en la piel sus plumas de pavo real, su reclamo sexual -quizá a falta de otros- y del sentido de marcarse de por vida una referencia de individuación en la masa tatuada: diferenciarse para parecerse a los demás (requerimientos de la tribu global).

Más allá de nuestra piel acaba el yo, y empieza lo otro. Y entre yo y lo otro la comunicación perpetua, quizá por ello el "tamaño" de nuestra piel importa. Los griegos, vitales y simbólicos, despreciaban a los de piel gruesa. Los llamaban "paquidermos" (de piel gruesa) y era un sinónimo de necio, pues el entendimiento no podía atravesar barreras tan recias.

Pero la piel, además de nuestra frontera, es donde habita el tacto. Más allá de ella o no hay nada o hay dolor, pero nunca tacto. Quizá fue ello lo que le hizo decir a Freud que todo el cuerpo es erógeno (o histérico según el talento o el "tacto" de nuestro partenaire). Es nuestro espacio carnal de comunicación emocional y de interacción sexual. Porque si bien el sexo habita en el cerebro, come en el tacto. Y también el deseo (quizá por ello Balzac en "La piel de zapa" hacía que la prodigiosa piel menguara a medida que concedía deseos), sin descartar una mirada o el sonido de una palabra (los sentidos "nobles" de los platónicos), pero reivindicando los "innobles"; el sabor ácido, el olor de almizcle o el tacto de la tumescencia.

La industria del sexo (la legal y la "no regulada") no ha olvidado el tacto. La caricia hecha masaje, empaquetada y comercializada con exóticas adjetivaciones (quizá lo que no conocemos genere más esperanza que lo que conocemos); Masaje holístico, tailandés, ayurvédico, tántrico... y detrás del merchandising pseudocientífico, pseudofilosófico, pseudoreal, la ansiada caricia. El tacto que nos lleva del yo al nosotros, como la poesía.

Concluyo con una reivindicación y varias exclusiones. Aprendamos a tocar. Aprendamos a dejarnos tocar. Aprendamos a perder el miedo a tocar. En esta pequeña apología del tacto excluyo a los compulsivos, los impertinentes, los inoportunos, los sobones, los paternos, los enterados y los confundidos y apelo al resto, a aquellos que ponen "la piel de gallina" y permiten hablar "a flor de piel" en esos 2 metros cuadrados de nuestra periferia.

**Valérie Tasso**  
Mayo 2007  
[www.valerietasso.com](http://www.valerietasso.com)

